



Universitas, Revista de Ciencias Sociales

y Humanas

ISSN: 1390-3837

trubio@ups.edu.ec

Universidad Politécnica Salesiana

Ecuador

Salazar Estrada, Yovany

Los emigrantes ecuatorianos como “arquitectos de su propio destino”

Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas, núm. 22, enero-junio, 2015, pp. 71-
94

Universidad Politécnica Salesiana

Cuenca, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476147262004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Los emigrantes ecuatorianos como “arquitectos de su propio destino”

Ecuadorian immigrants as “architects of their own destiny”

Yovany Salazar Estrada¹
ysalazarec2002@yahoo.es

Resumen

Se propone fundamentar, ejemplificar y analizar cuatro dimensiones positivas, devenidas de la emigración internacional de ecuatorianos en dirección a los Estados nacionales más desarrollados del Hemisferio Boreal, de manera preferente Estados Unidos y España, las mismas que repercuten en beneficio del sujeto protagonista del desplazamiento poblacional y de su entorno familiar más inmediato, en el país de origen y en el de llegada, las mismas que aluden a la memoria, como la principal arma contra el olvido; los ineludibles cambios culturales producto de la interacción en el país de destino; la creación artística de los emigrantes o de alguno de sus familiares; y, los pensamientos y acciones de los emigrantes ecuatorianos como “arquitectos de su propio destino”.

Palabras claves

Cambio cultural, creación artística, memoria, novela sobre emigración, olvido, performatividad.

Abstract

It proposes to base, exemplify and analyze four positive dimensions, which have become from the international migration of Ecuadorians toward the Northern Hemisphere's most developed national states, preferably the United States and Spain, which in the best interests of the subject protagonist of population displacement and their immediate family environment, in the country of origin and the arrival, which refer to the memory as the main weapon against forgetting; the inescapable cultural changes resulting from the interaction in the country of destination; artistic creation of migrants or any of their relatives; and, the thoughts and actions of Ecuadorian immigrants as “architects of their own destiny”.

Keywords

Cultural change, artistic creation, memory, novel on emigration, oblivion, performativity.

Forma sugerida de citar: Salazar Estrada, Y. (2015). Los emigrantes ecuatorianos, como “arquitectos de su propio destino”. *Univeristas*, XIII (22), pp. 71-94. Quito: Editorial Abya-Yala/Universidad Politécnica Salesiana.

1 Doctor en Filosofía en un mundo global (Universidad del País Vasco, 2015). Se encuentra cursando el Doctorado en Literatura Hispanoamericana, en la Universidad Complutense de Madrid. Es docente de la Carrera de Lengua Castellana y Literatura de la Universidad Nacional de Loja (Ecuador).

Introducción

El fenómeno sociológico de la emigración internacional de ecuatorianos, en dirección a los países más desarrollados del Hemisferio Boreal, de manera preferente Estados Unidos y España, está muy presente en las variadas expresiones artísticas que se cultivan en el Ecuador: artes musicales o sonoras, artes visuales, artes plásticas, artes escénicas, artes cinematográficas y artes literarias, en sus diversos géneros: poesía, teatro, ensayo, crónica, testimonio, cuento y novela (Salazar, 2014: 11).

En el género novelístico, por ejemplo, la representación y recreación literaria de la ruta emigratoria desde Ecuador hacia el Estados Unidos de Norte América se inicia con *El Muelle* (1933), de Alfredo Pareja Diezcanseco (1908-1993); siete décadas más tarde continúa con *El Inmigrante* (2004), de Gonzalo Merino Pérez (1939); *El sudaca mojado* (s.f.), de Mauricio Carrión Márquez; y, *Los hijos de Daisy* (2009), de Gonzalo Ortiz Crespo (1944) (Salazar, 2013: 73 y ss.).

Con la “estampida emigratoria” de ecuatorianos a España advienen las novelas, cuyas historias ficticias tienen como base real esta nueva ruta de desplazamiento humano originado en la nación andina: *Camas calientes* (2005), del profesor quiteño Jorge Becerra (1944); *La memoria y los adioses* (2006), del escritor cuencano Juan Valdano Morejón (1940); *Trashumantes en busca de otra vida* (2012), del intelectual lojano Stalin Alvear (1942); *La seducción de los sudacas* (2010), del narrador lojano Carlos Carrión Figueroa (1944), aún inédita; y, dos de las siete historias (novelas cortas) derivadas de esta voluminosa ficción novelesca: *La utopía de Madrid* (2013) y *La mantis religiosa* (2014) (Salazar, 2014: 18-19).

No obstante la existencia de las novelas antes enumeradas todavía no se ha realizado un estudio de conjunto que analice, valore e interprete el aporte de las mismas al desarrollo de la literatura y cultura de Ecuador e Hispanoamérica (Salazar, 2014: 20); es evidente, asimismo, que en el discurso narrativo de estas obras narrativas tienen más espacio e importancia las múltiples problemáticas que afectan o golpean a los protagonistas de la emigración y al entorno familiar más inmediato, tanto en el país de origen como en el de destino.

Con fundamento en las ideas antes esbozadas, con la utilización de la metodología y técnicas propias de la investigación bibliográfico documental, se justifica la elaboración de un ensayo académico que justiprecie, al menos cuatro de los aspectos positivos, que también existen, como consecuencia directa de la emigración internacional de ecuatorianos, conforme se representa y recrea en

las novelas seleccionadas como objeto de estudio, cuyo desarrollo analítico se presenta en las páginas subsiguientes.

La memoria, la mejor arma contra el olvido

La memoria consiste en la posibilidad de disponer de conocimientos del pasado que nos permite volver a vivir, sentir o percibir lo que ya hemos experimentado con anterioridad. En criterio de Alessandro Portelli, la memoria que debe ser entendida, no como archivo del pasado, sino como el proceso que transforma los materiales del pasado en materiales del presente, reelaborándolos continuamente sirve a los emigrantes ecuatorianos para reconstruir y adaptar su cultura y vida en el nuevo lugar de residencia o pasaje (Portelli, 2003: 165). En razón de lo anterior se podría decir que la memoria, individual o colectiva, al igual que la identidad y la cultura, es un proceso en permanente construcción, reconstrucción, cambio y transformación. “Política de la memoria, de la herencia y las generaciones”, como expresara Jacques Derrida, que sirve de brújula para que las generaciones jóvenes, al saber de dónde vienen puedan proyectar el futuro, con base en el conocimiento de los hechos del pasado y así evitar la condena de repetirlos o de, ingenuamente, asumir como grandes innovaciones prácticas culturales, que ya han sido empleadas en otros lugares geográficos o épocas históricas.

Los emigrantes ecuatorianos, primero en el desplazamiento interno y luego en el internacional, tratan de mantener intacta la memoria de su tierra natal, a través del despliegue de una serie de estrategias como poner nombres que los familiarizan con su ambiente de origen sea a nuevos caseríos, propiedades rurales, establecimientos comerciales o vehículos (Conde, 2004: 96); la organización de colonias para mantener tradiciones, festividades, celebraciones, gastronomía, socializar, revivir recuerdos entre migrantes y familiares y promover actividades deportivas, culturales, artísticas, musicales y literarias es otra forma de preservar y reconstruir, de manera permanente, la memoria individual y colectiva, la misma que les permite dar un soporte de identificación y continuidad, entre pasado, presente y futuro.

Obviamente que, entre los personajes de las novelas ecuatorianas estudiadas, cuando no es posible desplegar las estrategias para mantener viva la memoria del país de origen y de sus lugares de mayor significación, se recurre a los recuerdos; en esta perspectiva es oportuno mencionar que, a Juan Hidrovo,

mientras se encontraba sin trabajo en Nueva York, le advieren los buenos recuerdos del Ecuador: “Tan claro que se le ponían por delante las cosas viejas y queridas... Era un patio lleno de cacao (...) Arriba, en el corredor de esa casa bonita, María del Socorro con la servilleta de fregar platos en la mano” (Pareja, 2003: 70).

Muy vinculado con los razonamientos expuestos con anterioridad, el personaje de la ficción novelesca de Juan Valdano, aunque tiene plena conciencia de que no siempre es agradable recuperar lo vivido, sabe que es necesario ejercitar la memoria, para no volverse un desconocido a sí mismo y porque, como lo ratifica en el texto narrativo, en tres ocasiones distintas: “Recordar tiempos idos es la única forma de combatir el olvido, esa polilla que secreta y silenciosamente carcome la memoria” (Valdano, 2006: 9, 13 y 135). En la noche, mientras trata de conciliar el sueño, en pisos abarrotados de emigrantes ecuatorianos: “es la hora de revivir los adioses, los pañuelos húmedos de lágrimas y los abrazos, en el aeropuerto, los adioses que a la memoria tornan y retornan y persisten, punzada que no cesa” (Valdano, 2006: 67-69).

Para el personaje de la ficción narrativa, lo importante es dejar alguna huella, antes que la desmemoria lo borre todo: “Antes de que la marea del olvido disuelva definitivamente sus espectros, he querido recuperarlos, testigos mudos de mis asombros infantiles...” (Valdano, 2006: 118). El personaje quiere hablar de los familiares y de los amigos con los cuales creció, luego de que sufrió el abandono de la madre y antes de que el indetenible río del tiempo los borre: “porque lo que se olvida equivale a no haber existido nunca” (Valdano, 2006: 124).

El sujeto emigrante, luego de reflexionar sobre el ser que ha sido y que es y preguntar los muchos porqués que lo indujeron a dejarlo todo en el país de origen, a emprender el viaje emigratorio a un lugar extraño, que lo ha conducido a un pozo sin salida y ante la negativa de aceptar todo lo que le ha acontecido después de haber abandonado el Ecuador, se aferra a la memoria como su última tabla de salvación: “Uno se niega a aceptar este presente en el que estamos solos y desprotegidos, sin mapas ni referencias; por ello, la memoria, cual una araña que segregó su tela, se refugia en el pasado, en lo que fuimos, en lo que hondamente somos” (Valdano, 2006: 133).

Y junto a la memoria está, también, su par dialéctico inescindible, el olvido que a veces es necesario ejercer para borrar de la mente acontecimientos negativos en la vida de los emigrantes. Así en *Trashumantes en busca de otra vida*, la memoria y el premeditado olvido son ejercidos y evidenciados cuando Clara

Aponte y el Suco Peñaloza ya han superado los momentos más difíciles de sus vidas de emigrantes, circunstancia en la cual recuerdan las duras experiencias que les tocó atravesar: “Sin premeditarlo, hacen un recuento de lo más desagradable de su pasado. Con precisión, evocan los días aciagos. Sin dejar de sentirse perseguidos admiten que hasta en esas circunstancias el amor ha sido lindo: amor silente, sin permiso, condimentado de sustos y acechanzas. Deciden voltear la página y olvidar el pasado, para no arriesgarse a que su dogal los apriete a traición” (Alvear, 2012: 145).

El reencuentro, en el aeropuerto de Quito, con los seres queridos que retornan es, también, un momento para retrotraer a la memoria los momentos más difíciles de la experiencia emigratoria; por ello en la novela de Alvear, las hijas que se quedaron solas y abandonadas en Ecuador, mientras esperan a la madre se invaden de nostalgia y tristeza, al recordar la ocasión en que la fueron a despedir cuando viajaba de emigrante a España, empero: “Es un momento de recuerdos ingratos y alegres al mismo tiempo, porque en pocos minutos la volverán a ver, y la imaginan radiante y hermosa como reflejan las fotos tomadas en Murcia” (Alvear, 2012: 165).

En *La seducción de los sudacas*, los recuerdos acompañan a sol y sombra a los emigrantes, es imposible liberarse de ellos: “Porque siempre va con uno lo que se ama. También lo que se odia, joder” (Carrión, 2010: 448). Por la necesidad de mantener viva la memoria del lugar de origen y recrear las prácticas culturales que en él desarrollaban, los emigrantes siempre buscan un pretexto para reunirse, jugar, tomar, comer y, sobre todo, recordar al Ecuador: “Sin embargo, no es eso a lo que vienen aquí, sino a recordar el Ecuador, a llorar por él, como si haciéndolo en montón lloraran mejor que uno a uno” (Carrión, 2010: 543).

En *La utopía de Madrid*, los llantos de los niños que viajan en el avión que se dirige con dirección a España le trae a los recuerdos de Lucy lo duro de la despedida, sobre todo de su hijo Carlitos, de su padre, de su madre, de sus hermanas y más seres queridos: “Lo peor no es eso, sin embargo, sino el recuerdo que ellos me traen de Carlitos el momento de despedirme en Loja, agarrado de mi sin quererme soltar para nada, diciéndome no me dejes mami, ya no voy a ser malcriado contigo, pero no me dejes, por favor, mami, ya no voy a ser” (Carrión, 2013: 10).

En el lugar de trabajo, la situación de abandono en que se encuentra la anciana madre de María Luisa, a quien Lucy tiene que cuidar, le produce asimismo, sollozos porque le hace traer a su memoria los recuerdos de su pequeño hijo, que dejó en Loja: “también pienso en Carlitos, porque una madre no cam-

bia al hijo por nadie. Por más ingrato que sea; por más que cuando lo llamo no quiera hablarme, el ingrato” (Carrión, 2013: 73).

Lo lamentable es que el tiempo y la distancia lo van borrando todo y que la memoria individual y colectiva también tiene sus fragilidades; en la permanente lucha dialéctica contra el olvido, a veces se impone este último: “Aunque, la verdad, cuando la nostalgia o la cerveza lo hacía parecerse a sí mismo, de su hogar lejano ya no rescataba sino el rostro de la hija, a pesar de su silencio o ingratitud. También la obligación de enviar dinero” (Carrión, 2013: 78).

Los ineludibles cambios culturales que produce la emigración ecuatoriana en sus protagonistas

Desde un punto de vista poco optimista y asumiendo una conceptualización elitista de cultura, hay criterios que sostienen que, si bien formamos parte de una cultura global, el Ecuador es desconocido en España, en términos culturales, motivo por el cual la mayoría de españoles se muestran poco interesados en saber algo más de los ecuatorianos, pese a que han pasado a formar parte de su cotidianidad. Los emigrantes ecuatorianos han sido incorporados como fuerza de trabajo, pero se encuentran invisibilizados en términos sociales y culturales. Compleja realidad vinculada con el asunto cultural que se manifiesta, porque: “Aquí no hay un García Márquez o un Vargas Llosa ecuatorianos. Al país no se le conoce en esos campos y la música nacional circula solo entre nosotros” (Kingman, en Herrera et al., 2005: 472).

No obstante estas apreciaciones, no se puede ni se debe dejar de analizar el tema cultural en la emigración ecuatoriana, conforme se representa y recrea, literariamente, en las novelas estudiadas. Para hacerlo se considera pertinente retomar la conceptualización propuesta por la UNESCO, según la cual: “La cultura debe ser considerada como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan una sociedad o grupo social y abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las formas de conciencia, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias” (Citado por Velasco, en Peña, 2012: 83).

Con base en esta conceptualización se deduce que la cultura incluye tanto los valores materiales y espirituales de un pueblo, así como los procedimientos utilizados para crearlos, aplicarlos y transmitirlos. Valores que se manifiestan, por tanto, en los productos del trabajo y en el trabajo mismo, en las actividades

humanas, en las formas de asociación, en la creación y utilización del lenguaje, en la expresión oral o escrita, en las formas de vestirse y alimentarse, en las costumbres, tradiciones y creencias, en los modos de vida, en las representaciones simbólicas, en las manifestaciones artísticas, en el pensamiento individual y colectivo, en la ciencia y la tecnología, en las relaciones e interacciones humanas. Para el presente estudio, en cuanto a las interacciones humanas que inician los emigrantes en el país de destino, se debe resaltar las que establecen con los connacionales del Ecuador; las que se entablan con los inmigrantes procedentes de otras nacionalidades que atraviesan similares condiciones; así como las que siguen manteniendo con los familiares y amigos en la sociedad de origen; y, las que se comienzan a entablar con los nativos de los países de destino de la emigración internacional de ecuatorianos.

Más allá de una concepción amplia de cultura es conveniente, incluso, asumir la interculturalidad, una categoría bastante trabajada en el ámbito de los estudios culturales, que se entiende como un proceso de convivencia humana que se basa en el respeto y la relación recíproca entre varias culturas, una interrelación de los saberes de las diversas culturas, como sistema de reciprocidades generales, como el encuentro y puente, como la posibilidad de diálogo horizontal e igualitario, entre distintos saberes y culturas que conviven en un mismo espacio, siempre respetando las diferencias (Cfr. Salazar, 2011: 308). O como el derecho, según el cual: “cualquier persona sin importar su origen, cultura, idioma, tradiciones, espiritualidad tiene que ser reconocido y respetado como tal” (Salto, 2009: 384). Categoría conceptual que, como ha dicho el historiador ecuatoriano, Enrique Ayala Mora, va mucho más allá de la coexistencia e interacción entre culturas, sino que se constituye en “una búsqueda expresa de superación de los prejuicios, del racismo, las desigualdades, las asimetrías que caracterizan a nuestro país, bajo condiciones de respeto, igualdad y desarrollo de espacios comunes” (Ayala, en Durán-Barba, 2011: 57).

Como lo han expresado los estudiosos del fenómeno migratorio contemporáneo, el desplazamiento masivo de emigrantes desde el Sur hacia el Norte pone en entredicho toda noción tradicional de fronteras, tanto las nacionales como las geográficas y culturales puesto que la migración, a decir de Alejandro Moreano: “Es la mayor gesta contemporánea y, además, una fuente excepcional de creación cultural. Empero, la globalización constriñe y deforma su vitalidad y la confina a los sótanos y a los arrabales de la tierra” (Moreano, 2002: 340).

Es que los movimientos migratorios son la expresión de una creciente interdependencia entre los países de origen y los de destino. Y frente a la masiva

llegada de inmigrantes provenientes del Sur, en los Estados nacionales del Hemisferio Norte, que se convierten en los principales receptores, se patentizan dos formas contrapuestas de percibir el fenómeno migratorio. La visión catástrofica que lo visualiza como una hecatombe, puesto que:

El choque entre culturas, historias, religiones y lenguas diferentes (...) se realiza en el centro, en las ciudades y culturas del llamado 'Primer Mundo'. El 'Tercer Mundo' ha irrumpido en la vida cotidiana del mundo desarrollado. Parece una revancha: la invasión del 'bárbaro', del nómada, penetra en la urbe metropolitana e involucra a todos sus habitantes en un estado híbrido, en una cultura de la mezcla (Carrasco, 2011: 65).

Muy por el contrario, la visión gozosa afirma que:

Los rostros exóticos siempre han existido, delatando persistentemente el origen étnico diverso. Para la práctica de la exogamia antes se importaban parejas de Latinoamérica, Asia o África. Hoy, con la emigración desde la periferia, aparece la generación del *melting pot*, una fanesca racial diríamos con una particular expresión nuestra (Carrasco, 2011: 66).

Teniendo como base referencial la segunda forma de percibir la migración, es decir asumiéndola desde un ángulo progresista y esperanzador, bien se podría decir que aparte de los beneficios económicos que producen, con su trabajo, para los migrantes en el país de recepción hay, asimismo, otro tipo de efectos positivos: "Los inmigrantes aumentan la diversidad de la sociedad, y en algunos casos esto es beneficioso: a mayor diversidad mayor variedad, luego más estímulos y elecciones" (Collier, 2013: 78).

Y es que en la época actual, de globalización e interdependencia de distintas naturalezas, lejos de la amenaza para el mantenimiento de la identidad cultural de la sociedad receptora que esgrimen algunos sectores conservadores de los países del Hemisferio Norte, el contacto cultural, a través de los sujetos migrantes, produce múltiples transacciones culturales, con todo un abanico de posibilidades; proceso en el cual el mutuo enriquecimiento es inobjetable, por cuanto: "Los préstamos, las apropiaciones y los mestizajes culturales están al orden del día (...). Muchos migrantes viven hoy simultáneamente en dos culturas y en dos sociedades. Mantienen un conjunto de prácticas, relatos, valores y lealtades tanto con su familia y su lugar de origen como con su nuevo país" (Velasco, en Peña, 2012: 63).

Lo que hace falta es, entonces, la plena aplicación de la *Declaración Universal de la UNESCO sobre Diversidad Cultural*, en lo atinente al reconocimiento, por parte de los Estados nacionales receptores de las migraciones y de sus poblaciones, de la diversidad cultural existente; la reducción de los obstáculos que impiden la participación social y política de los grupos marginados provenientes del Sur; y, el apoyo a los diferentes grupos para que reproduzcan y recreen su cultura originaria, en el nuevo lugar de residencia.

De los resultados de una investigación realizada, con emigrantes ecuatorianos residentes en Madrid, se concluye que el proceso de movilidad humana da lugar a nuevos espacios de relación, nuevas experiencias: en primer lugar, a los espacios de los propios emigrantes, lo que incluye no sólo a ecuatorianos, sino a migrantes provenientes de otras latitudes del mundo que se han asentado en España. En segundo lugar, la emigración supone una relación con otro tipo de sociedad, con sus formas particulares de construcción de hegemonía, “nuevos mandos, nuevas formas de trabajo, tecnologías, formas de decir las cosas” (Kingman, en Herrera et al., 2005: 475).

En directa relación con lo antes expresado, por ejemplo, las ligas de fútbol que se desarrollan en el viejo cauce seco del río Túria, en Valencia, constituyen, para los emigrantes ecuatorianos participantes, todo un microclima cultural que permite contrarrestar la desestructuración propia de la vida urbana moderna, así como controlar nuevas situaciones a las que es preciso adaptarse. Y uno de los cimientos que solidifica ese microclima procede de su carácter de re-etnificación, es decir, de retorno simbólico a un colectivo de origen, con cuya pertenencia el sujeto se siente seguro. Las ligas representan un esfuerzo de visibilización, de reconocimiento social, por parte de sujetos individuales y colectivos, para “ser alguien” en el nuevo país de destino (Llopis, en Herrera et al., 2005: 510).

Las organizaciones de emigrantes ecuatorianos en España, como la Asociación Rumiñahui, la cual, bajo la dirección del recordado dirigente de los emigrantes ecuatorianos en España Juan Carlos Manzanillas, realizó la *Marcha por la Vida entre Lorca y Murcia*, en el año 2001 o la Asociación Ecuatoriana Sociocultural Puriccuna, dirigida por Enrique Pulupa, se han convertido en espacios propicios para recrear la cultura, celebraciones, festividades costumbres y tradiciones ecuatorianas, en la nación ibérica.

En las novelas estudiadas se pone en evidencia que las experiencias de viaje siempre marcan al migrante y lo hacen para toda la vida; por ello, cuando retorna Juan Hidrovo a Guayaquil y se encuentra con su amigo Pedro Guayamabe se

ensimisma, se envanece, se concentra contándole las experiencias de marinero en aguas del Océano Pacífico y de inmigrante en la gran metrópoli de Nueva York: “Juan Hidrovo volvió al relato de sus aventuras. Los viajes por mar, los días de tormenta, las maniobras difíciles … Quiere luego hablar de todo lo que ha visto, todo lo que hay en Nueva York, y no puede (...) Pero cuando habla del mitín, se luce” (Pareja, 2003: 181).

En *El inmigrante*, el contacto que establece el protagonista con un ciudadano proveniente de otro país le hace justipreciar que, después de la vida, el don máspreciado es el de la libertad; puesto que como dice el cubano amigo de Antenor: “Yo prefiero la libertad a un plato de lentejas. En libertad, el individuo puede superarse para sí y para la sociedad. Es absurdo, es antinatural obligar al individuo a que produzca sólo lo que el Estado quiere o quitarle aquella parte que es fruto de sus esfuerzos para vivir mejor” (Merino, 2004: 20).

En el caso de Daniela, la protagonista de *Camas Calientes*, el hecho de que la joven emigrante se convierta en portadora de rasgos culturales que pertenecen tanto a la cultura de origen como a la de llegada, la convierten en una persona diferente, tanto de los nativos del país de recepción como de los que permanecen en el origen, por lo que se producen distancias afectivas y hasta sentimientos de rechazo, por parte de sus familiares más cercanos en Ecuador, por los inocultables cambios culturales que se patentizan en la emigrante retornada: “creen que me hago la extranjera, la pedante españolizada, no sé si estoy actuando o siendo yo misma (...)” son las palabras con las que expresa esta nueva realidad cultural el personaje aludido (Becerra, 2005: 338).

En *Los hijos de Daisy*, se resalta el valor de la cultura y sus distintas manifestaciones, como una estrategia de autorrealización personal y proyección humana, que permite aflorar lo mejor del universo espiritual de las personas; evitando, de esta manera, los comportamientos negativos o delincuenciales de los adolescentes y jóvenes ecuatorianos reunificados en el país de destino emigratorio de sus progenitores; por ello al referirse a las causas por las cuales los jóvenes de origen latinoamericano caen en las redes de las pandillas italianas se dice que: “Yo creo que los adolescentes caen con facilidad en ese mundo del delito porque quedan desamparados de sus familiares, que trabajan todo el día. Los jóvenes lo que necesitarán es ocuparse en algo: deportes, danza, teatro, torneos de varios tipos... no sé, también cosas cívicas, culturales, educativas, sociales” (Ortiz, 2009: 137).

Obviamente que sobre la temática cultural se advierten fenómenos muy diversos y hasta contrapuestos entre los protagonistas de las novelas estudiadas.

Así, por ejemplo, en *Trashumantes en busca de otra vida*, no obstante la inusitada importancia que adquiere la historia migratoria de Clara Aponte y su persona, luego de que un escritor español famoso escribiera sobre ella e hiciera una presentación de la publicación por todo lo alto en la capital española, Clara y su pareja Jesús Peñaloza no abandonan su identidad cultural y forma de ser primigenios: “Clara y Jesús son los mismos campesinos de siempre: delicados, dicharacheros, algo cohibidos por cargar con el inesperado peso de presentarse en público, pero a la postre más dueños de sí mismos, con menos miedo que antes. Aspiran poder ayudar en el futuro a otros expatriados” (Alvear: 2012, 159).

En cambio, en *La seducción de los sudacas*, se ponen en evidencia procesos de pérdida de identidad cultural o de premeditado ocultamiento de rasgos que pudieran delatar el origen extranjero; puesto que no faltan las ecuatorianas que al poco tiempo de llegar a España tratan de aparentar ser nacionales de este país y para ello utilizan la vestimenta y forma de hablar propias de las ciudadanas nativas de la nación ibérica: “Las tres tenían los sentidos pendientes del lucimiento de sus trajes, de su conversación, de fingirse españolas” (Carrión, 2010: 62).

Los choques culturales, en el contacto que se produce entre los emigrantes y los nativos están a la orden del día; puesto que, así como hay rechazo xenofóbico de algunos españoles, desde la otra orilla de la relación, determinados rasgos culturales de los españoles, también, producen sentimientos de rechazo, entre los emigrantes ecuatorianos. Así, por ejemplo, para algunos emigrantes ecuatorianos existe la sensación de que en España tienen mejor trato familiar los perros antes que los niños y los ancianos: “Lucy nos oye y la asombra el amor de los españoles por los perros. Antes se olvidan de un hijo que de su mascota, dice. Miguel no solo eso, coño. No hay cómo azotar a un perro en España. Los vecinos eran muy chismosos: escuchaban los gemidos del animal, daban parte a la policía y ella te metía en la cárcel de cabeza” (Carrión, 2010: 644).

En cambio a los hijos de los ancianos españoles, que contratan los servicios de las emigrantes ecuatorianas para que los cuiden, pareciera importarles muy poco la suerte de sus respectivos progenitores y, en algunos casos, más pareciera que quisieran matarlos de hambre: “Pero en seguida me compadezco, porque la culpa de todo es de la hija. Por tenerla tanto tiempo abandonada. Y, encima, sin traerle de comer para matarla de hambre y librarse de ella para siempre” (Carrión, 2013: 152); criticables comportamientos que se vuelven a ratificar, más adelante, en la novela citada: “En este país de mierda hay hijos de todo, hasta cabrones que matan a sus viejos (...). Me dan tanta rabia esos mal-

tratos, que nada más marcharse Pedro, lo insulto al revés y al derecho. Eres una mierda, un cabrón. Porque pegar a tu madre, no tiene perdón de Dios, coño” (Carrión, 2013: 165).

En *La seducción de los sudacas*, muy vinculado con la subestima de la cultura originaria de los emigrantes ecuatorianos se encuentra, en primer término, la desvalorización de la formación profesional de los emigrantes de la nación andina en España y junto a ella la severa crítica a las universidades del país de origen, por formar profesionales sin conocer las verdaderas necesidades socio-educativas del Ecuador; puesto que Carlos Carrión Figueroa, como profundo conocedor de la problemática universitaria, en calidad de profesor por cerca de cuatro décadas, siempre ha sido un severo crítico del ser y quehacer de las casas de estudios superiores; por ello no tiene duda en manifestarse al respecto: “Y, como si no lo supiera, que Madrid está empedrado de graduados universitarios en trabajos así. Entonces imagino que los senderos del parque del Retiro no son sino la prolongación de los pasillos de las universidades del Ecuador, como si aquí condujeran sus planes de estudio y sus fábricas de profesiones mantenidos, desde hace años, a espaldas de las reales necesidades del país” (Carrión, 2010: 649).

Y junto a esta crítica del sistema universitario del Ecuador está, asimismo, la ratificación de la denuncia de la desvalorización de la formación profesional en ambos lados del Atlántico, puesto que aunque se tengan estudios y títulos universitarios estos, tanto en el país de origen y mucho menos en el de acogida, no sirven de nada. Ellos no garantizan un empleo que permita sobrevivir con un elemental sentido de dignidad, de ahí que en la novela corta de Carlos Carrión, ya publicada, Lucy, la protagonista, si bien decide emigrar por las insistentes invitaciones de la amiga Rudy, lo hace, fundamentalmente, porque aunque fuera abogada por la Universidad Nacional de Loja no puede encontrar un trabajo que le permita sobrevivir a ella y a su hijo: “Así hasta que me convenció. Más que nada por la razón simple de que después de matarme estudiando y graduarme de abogada, acabé vendiendo ropitas de bebé a domicilio, perfumes de Yambal, bambalinas, que no me permitían ni poner a Carlitos en una buena escuela” (Carrión, 2013: 12).

La creación artística, una opción en la búsqueda del sentido de la vida

El filósofo de origen prusiano Ernst Cassirer sostiene que al hombre (ser humano en sentido general) más que como animal racional se lo ha de definir como animal simbólico; puesto que en la vida cotidiana, el ser humano ya no se enfrenta siempre de manera directa con los hechos de la realidad física, sino que lo hace por el intermedio de símbolos. Como dice el filósofo mencionado: “Tampoco en ella vive en un mundo de crudos hechos o a tenor de sus necesidades y deseos inmediatos. Vive, más bien, en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños” (Cassirer, 1968: 26-27).

Más adelante manifiesta que: “Sin el simbolismo, la vida del hombre sería la de los prisioneros de la caverna de Platón. Se encontraría confinada dentro de los límites de las necesidades biológicas y de sus intereses prácticos; sin acceso al mundo ideal que se le abre, desde lados diferentes, con la religión, el arte, la filosofía y la ciencia” (Cassirer, 1968: 40). En este proceso de simbolización de la vida humana hay campos disciplinarios y del saber que lo potencian de forma determinante: “En el lenguaje, en la religión, en el arte, en la ciencia, el hombre no puede hacer más que construir su propio universo simbólico que le permite comprender e interpretar, articular y organizar, sintetizar y universalizar su experiencia” (Cassirer, 1968: 189).

Dentro de la simbolización de la realidad humana interesa destacar el papel del arte, puesto que no se lo puede reducir a la imitación de las cosas exteriores, en virtud del papel activo que ejerce la creadora integración de la racionalidad, la ideología, la sensibilidad, la imaginación y la concepción estética que maneja el artista: “La imaginación del artista no inventa arbitrariamente las formas de las cosas (...). Escoge un determinado aspecto de la realidad, pero este proceso de selección es, al mismo tiempo, de objetivación. Una vez que hemos entrado en su perspectiva, nos vemos obligados a mirar el mundo con sus ojos” (Cassirer, 1968: 126).

Pero hay que entender al arte en toda su potencialidad creadora, recreadora, formadora y proyectiva de lo mejor del ser humano; puesto que solo si concebimos el arte como una dirección especial, como una nueva orientación de nuestros pensamientos, de nuestra imaginación y de nuestros sentimientos, podremos comprender su verdadero sentido y función: “(...) semejante arte en ningún caso es mera réplica o facsímil sino una manifestación genuina de nues-

tra vida interior (...). El arte nos proporciona una imagen más rica, más vívida y más coloreada de la realidad y una visión más profunda en su estructura formal” (Cassirer, 1968: 146-147).

Desde otro punto de vista podemos aproximarnos al arte, desde una visión más sociológica, como el filósofo, político, escritor y periodista bohemio-checho Ernst Fischer, quien asume al arte como ‘sustitutivo de la vida’, como medio de establecer un equilibrio entre el hombre y el mundo circundante. En esta perspectiva: “Es evidente que el hombre quiere ser algo más que él mismo, quiere ser un hombre total (...). Elevarse hacia la plenitud (...) hacia un mundo con sentido. Se rebela contra el hecho de tener que consumirse dentro de los límites de su propia vida, dentro de los límites transitorios y causales de su propia personalidad” (Fischer, 1997: 5-6).

Y en el caso de los escritores, de los artistas de la palabra, de los literatos que cultivan los diversos géneros existentes, siguiendo el pensamiento aristotélico se podría decir que: “la escritura es la representación del habla y el habla lo es de la mente, es decir del pensamiento, y éste, como quería Kant, es aquello que nos formula e identifica como seres humanos” (Tello, 1997: 156). Por ello, el esfuerzo más dramático y supremo del escritor es “hallar y formular la palabra capaz de fundar el mundo y hacerlo más armonioso, más habitable” (Tello, 1997: 161).

Desde otra perspectiva disciplinaria y siguiendo los planteamientos del psicoanálisis freudiano, el cual sostiene que en la creación literaria como en los sueños se manifiestan los deseos, las insatisfacciones, las represiones, los impulsos latentes, los instintos del individuo, pero siempre sublimados, transformados, disimulados, disfrazados en otras imágenes o alusiones que remiten al inconsciente del individuo (Cfr. Salazar, 2000: 30-31), resulta pertinente atribuir este proceso de simbolización a los sujetos emigrantes o sus familiares más cercanos, quienes encuentran en la creación artística y literaria, de manera más específica, no solo una válvula de escape a sus problemas cotidianos, sino también una estrategia para exteriorizar sus deseos más profundos, sus esperanzas, sus ilusiones o desilusiones, sus ensueños y utopías, al tiempo que emprenden la búsqueda de un nuevo sentido para sus vidas y encuentran un reconocimiento, a su obra creativa, por parte del entorno familiar y social más inmediato.

Las reflexiones antes esbozadas tienen su razón de ser, por cuanto la creación artística y literaria o la valoración de la misma, rondan o está presente en la vida de algunos de los personajes de las novelas ecuatorianas investigadas. En *El sudaca mojado*, Salomé Sola, la esposa del agente español José Cerdá, considera pertinente aconsejar a su amigo ecuatoriano Ignacio Oros, para que

escriba una novela en la que relate las experiencias personales y las que conoce, respecto de la emigración de sus compatriotas a España: “Durante la conversación antes y durante la cena Salomé insistió en tratar de persuadir a Ignacio para que comience a escribir una novela; conforme el narró de todas las cartas que recibió y experiencias que vivió en Santa Trinidad, más las que vivía actualmente en España, la andaluza daba por hecho que sería una gran novela” (Carrión, s.f.: 186-187).

En una posterior ocasión, cuando le inquieren por el avance de la novela, Ignacio Oros confirma que la ha iniciado pero que los avances aún son muy limitados: “Bueno, en realidad aún falta mucho, voy por la página diez y siete y, recién estoy esbozando el nacimiento de personajes, esos detalles, pero lo que quiero es escribir una novela sobre los inmigrantes latinoamericanos y sus penurias o suerte tanto en Europa como Estados Unidos. Contestó algo tímido y casi ruborizándose...” (Carrión, s.f.: 213).

En *Trashumantes en busca de otra vida* de Stalin Alvear, sin que la maestra Victoria Armijos conozca las razones profundas ni Charo Aponte sea consciente de lo que hace durante el desarrollo de las clases, en la escuela de Zhizho, la niña se distrae con mucha frecuencia y se dedica a pintar retratos, los cuales recrean la imagen de su madre, de quien sólo le quedaban vagos recuerdos: “Reprendida por su maestra porque en lugar de repasar las sumas en clase se dedicara a desfigurar un rostro de mujer, la niña sintió en ese rústico retrato la cercanía de su madre, de la que sólo tenía dos fotos: una, de espaldas y agachada, cosechando brócoli en Murcia, y otra, cargando en sus espaldas un canasto copado de retoños” (Alvear, 2012: 11-12).

En esta misma novela se justiprecia el hecho de que gracias a la lectura de los buenos libros de literatura, Clara Aponte amplía sus horizontes culturales y entabla nuevas relaciones de amistad; por ello en su momento patentiza el sentimiento de gratitud para quien le hizo partícipe de tan deliciosos manjares espirituales: “Clara encuentra oportuno autoevaluarse y le dice a Francisco que gracias a él, por haberle prestados esos libros, siente que su vida ha cambiado, salvándola de su oscuridad una luz imprevista, renovada, infinita” (Alvear, 2012: 67).

Con base en el conocimiento y vivencia de la literatura, el escritor Antoléano Galán sugiere a Clara Aponte que olvide el tormento y la pesadilla derivados del engaño del falso amigo que la forzó a la prostitución: “Clara, trate de archivar uno de sus tormentos. Si todo fuera fácil, aún la literatura, en lugar de personajes controvertidos, crearía realidades y criaturas idílicas, virginales,

perfectas, sin heridas ni exilios, sin riesgos ni ideales, en lugar de personajes contradictorios” (Alvear, 2012: 113).

Con el pasar del tiempo, Clara Aponte incluso llega a convertirse en protagonista principal de un relato testimonial escrito por el ya citado novelista ibérico, en criterio del cual lo más importante es la historia y la protagonista que lo vivió, antes que el texto que da cuenta de la misma y mucho menos quien lo escribió, porque: “De esta historia soy apenas un actor circunstancial, favorecido por el hallazgo de un episodio amargo, repetido en quien sabe cuántas víctimas, mientras pulule esa caravana lóbrega de *pateras* con hacinados y muertos en alta mar. Me tocó testificar el vía crucis de una ecuatoriana valerosa y extraordinariamente bella” (Alvear, 2012: 157).

En *La seducción de los sudacas*, José Luis, el protagonista de la primera historia de la extensa narración novelesca: “El bolerista del metro”, en el Ecuador se dedicaba al cultivo de la música y tuvo sus momentos de relativo éxito, en los conciertos que brindaba en la ciudad y provincia de Loja; sin embargo, con la emigración a España ejerce esta actividad, en los pasillos del metro, como una forma de ganarse la vida, que más se asemeja a mendicidad que al verdadero cultivo del arte de los dioses. Cultivo del arte musical que no lo abandona en ningún momento; por ello cuando, a instancias de la esposa Talía y de la hija Clarita regresa a Loja, en la reunión familiar que le organizan, expresa que ha retornado por tres razones especiales: “Una, por venir a cantarle este bolero a Talía, que no es solo un bolero, sino mi corazón enamorado. Dos, por Clarita, mi niña adorada, convertida en una tronca de infarto. Y tres, por mi querida madrecita, familiares y amigos” (Carrión, 2010: 108).

En esta novela de Carlos Carrión, la emigrante ecuatoriana Loli, que también había estudiado literatura y tiene conciencia de lo que hace y escribe su amante Antonio Solar, considera que éste escribía novelas para atraer a las mujeres lectoras: “Presintió también que Antonio había elegido escribir novelas con el oculto deseo de que las mujeres hermosas que lo leyieran lo buscaran; pero, claro, ninguna lo había hecho. Loli no sabía nada de la voluntad de los demás escritores, pero sí de la de Antonio Solar” (Carrión, 2010: 785).

Este mismo personaje, cuando camina en dirección a la residencia de su amante y pasa frente a la Casa del Libro, en la Gran Vía, recuerda, asimismo, los autores y los libros recomendados por su profesor, en la Carrera de Lengua y Literatura de la Universidad Nacional de Loja: “Borges, Onetti, Rulfo, Dávila Andrade. La gente entraba y salía de allí y Loli la imitó. Apilados en el suelo

como en una fábrica de ladrillos, estaban *Memoria de mis putas tristes* de García Márquez y *2666* de Roberto Bolaño” (Carrión, 2010: 794).

Los emigrantes ecuatorianos como “arquitectos de su propio destino”

En razón de las múltiples dificultades a las que tienen que hacer frente el sujeto emigrante ecuatoriano, desde que ha tomado la decisión de abandonar el país, o quizás por ellas mismas, como dijera Jean-Paul Sartre, tiene bien claro la responsabilidad que sobrelleva sobre su persona y que, a veces, lo agobia: “Piensa, pues, que el hombre, sin ningún apoyo ni socorro, está condenado en cada instante a inventar al hombre (...). Sea cual fuera el hombre que aparece, hay un porvenir por hacer, un porvenir virgen que lo espera (...)" (Sartre, s.f. 43).

Por este motivo, a los protagonistas de la emigración internacional de ecuatorianos, en sentido plural y general, bien se les puede atribuir el carácter de sujetos proactivos, performativos, del que nos habla Raúl Bueno, ya que, por sí mismos, tratan de convertir sus pensamientos, ideas y sentimientos en acciones y hechos tangibles, en beneficio personal y de su entorno familiar más inmediato. Ellos son plenamente conscientes que: “El hombre es el porvenir del hombre”, como dijera el poeta francés Francis Ponge. Son los ejecutores de sus pensamientos e ideales, la obra fraguada por su trabajo de todos los días, los hijos de su propio esfuerzo, “los arquitectos de su propio destino”, en inmortales versos del poeta mexicano Amado Nervo.

Lo antes expresado tiene una explicación lógica, ya que el extranjero emigrante, una vez que ha arribado al país de acogida: “(...) a cambio de ejercer su derecho a vivir una vida digna, pone al servicio del progreso y la existencia misma de la comunidad que lo acoge todas sus capacidades y conocimientos” (Tello, 1997: 176). O como ha dicho un autor más reciente: “Los emigrantes salen de entre aquellas personas que tienen más aspiraciones para ellos y para sus hijos; es el motivo por el que eligieron desarraigarse. Esta actitud hacia las oportunidades suele convertirlos en trabajadores particularmente buenos” (Collier, 2013: 88).

Por ello, entre las estrategias que los emigrantes ecuatorianos emplean para superar el dolor que les produce la separación de los seres queridos, está la que Jesús Labrador llama de “superación individual”, según la cual los emigrantes, por sí mismos, tienen que hacer frente y superar las dificultades que se les pre-

sentan en la ruta emigratoria. Existe una lucha entre la persona y la soledad, ganará cuando consiga que la soledad no le impida u obstaculice su proceso migratorio. Como dice una emigrante ecuatoriana en Madrid: “Cuando estuve sin trabajo, había momentos que yo me decaía, pero yo decía, o sea, yo misma me daba ánimos” (Las Heras, 2008: 226).

Y cuando los emigrantes han logrado satisfacer las necesidades básicas de seguridad y protección, cobra relevancia la necesidad de reconocimiento, que incluyen la necesidad de atención, aprecio, reputación, estatus, dignidad y para poderlas alcanzar mantienen y mejoran las remesas para sus familiares, emprenden la adquisición de determinados bienes de consumo, cambio o mejoramiento de la vivienda, compra de bienes suntuarios o de lujo y el envío de contribuciones económicas, para la realización de determinadas obras en su comunidad y, sobre todo, mediante su participación monetaria y simbólica en las manifestaciones culturales, religiosas y festivas más importantes de la vida de su localidad de origen (Herrera et al., en Zúñiga, 2005: 160).

El carácter performativo y proactivo de los sujetos ecuatorianos emigrantes, en las novelas seleccionadas, tiene diversas formas de representarse, así en *El muelle*, Juan Hidrovo, por sí mismo, toma la decisión de viajar hacia Estados Unidos, con la ilusión de encontrar un trabajo que le permita mejorar la situación económica de él y su esposa. Cuando ya ha llegado al destino, por falta de un trabajo legal que le permitiera sobrevivir, colabora con el “Tío” en el contrabando de alcohol, porque se acuerda de su esposa María del Socorro Ibáñez y de los sueños que esperaba cumplir: “(...) Le mandaría dinero (...). Y podría con lo ahorrado en esos meses, realizar sus sueños. ¡Eran tan pequeños sus sueños! Sólo una fonda, sus viejos amigos (...) y yo no quiero más que eso: un rincón y mi negocito para que el techo y la comida nunca falten...” (Pareja, 2003: 101). Y cuando, en Nueva York, a consecuencia de la crisis económica del capitalismo internacional, no encuentra en qué ganarse la vida decide retornar al Ecuador, para seguir en la diaria lucha por la vida en su natal Guayaquil.

En *El inmigrante*, no obstante los momentos de soledad, tristeza y angustia por los que tiene que atravesar Antenor, él mismo y por su propia cuenta es capaz de darse ánimo y avizorar un futuro esperanzador:

No desperdiciaré esa gran oportunidad. Me haré paso aún en la oscuridad. No habrá guerra que me detenga ni batalla que no pueda pelear. Abriré los ojos, abriré mi cerebro, aclararé mi inteligencia (...). Hacia delante miran los que quieren triunfar, aquellos que no quieren convertirse en estatuas de sal. Miran-

do hacia delante se abarcará los ciento ochenta grados de horizonte y en algún espacio de ese panorama se encontrará la semilla redentora (Merino, 2004: 32).

En *Camas calientes*, Daniela, la protagonista de la novela, es un claro ejemplo del carácter performativo del sujeto emigrante ecuatoriano, conforme lo pone de manifiesto en variados pasajes de la ficción novelesca analizada. Cuando se queda sola en el Ecuador, porque su madre ha decidido emigrar a España, la joven la extraña mucho y por ello cuando recibe la invitación para reunificarse, por si misma, decide emprender el viaje de reencuentro con su progenitora, aunque ello significa, también, iniciar una ruta con rumbo a lo desconocido: “A pocos días de tomada la resolución de viajar, pese a las resistencias de mi padre, volaba sobre el Atlántico rumbo a Madrid; dejaba un mundo que me había resultado duro e iba en pos de otro, desconocido (...)” (Becerra, 2005: 27).

Ya en España, cuando abandona el Instituto en donde estudiaba, pese a la oposición de la madre, Daniela, sin esperar la ayuda de nadie, decide buscar trabajo para desterrar la sensación de fracaso que le había dejado el estudio interrumpido y salir adelante: “Mi madre se opuso a que trabajara, como era obvio, pero yo quería hacerlo más por razones terapéuticas que por otras cosas (...)” (Becerra, 2005: 71). Frente a la resolución que pone en evidencia la adolescente, María Eugenia le pide que se quede con ella en el Bar que administraba; sin embargo, Daniela piensa que si trabaja cerca de su madre se va a encontrar con Robert Scolastic, el dominicano del que se sentía acosada, motivo por el cual, en sus palabras:

(...) me revestí de fortaleza y decidí salir a buscar un trabajo independiente, muchos de mis compatriotas trabajaban en toda España sin papeles, de ilegales, y yo no iba a ser la excepción, así que me lancé a las calles, golpearía todas las puertas hasta conseguirlo, la predisposición para trabajar en todo lo que fuera posible era un punto a mi favor (Becerra, 2005: 136-137).

En la ocasión que retorna a Ecuador desengañada y frustrada por las experiencias negativas que tuvo en su primer viaje a España, ella misma se dice que: “(...) esas experiencias amargas las iba a borrar con los años, aún era joven y podía disponer del suficiente tiempo para levantarme (...)” (Becerra, 2005: 83). Actitud proactiva que se ratifica, cuando tiene dificultades para seguir viviendo con los familiares de su madre en Cuenca y considera que lo más adecuado es salir de allí, porque pese a los problemas que le presentaba la existencia: “(...) mantenía una indeclinable voluntad de seguir luchando, era demasiado joven

para caer derrotada, toda una vida me esperaba por delante y estaba dispuesta a dar la cara” (Becerra, 2005: 116-117).

Esta vitalidad y decisión de la joven Daniela, para salir adelante, por sí misma, se irradia hasta en su personalidad y presencia, tal como lo percibe y relata el narrador de la novela, quien luego de despedirse al término de la última entrevista que mantuvo con ella en Madrid manifiesta que: “(...) llevaba conmigo la imagen de una Daniela indestructible, joven, robustecida por los rigores de la vida, embellecida por el amor que irradiaban sus negrísimos ojos” (Becerra, 2005: 329).

En *El sudaca mojado*, Ignacio Oros es un campesino, que huyendo de la difícil situación económica en la que tenía que sobrevivir en su lugar de origen, con el ánimo de terminar los estudios de bachillerato y, luego, de universidad y atraído por las insinuaciones de las amistades decide ir a vivir a la ciudad y, a la final, desempeñando trabajos humildes, no obstante las tragedias devenidas por la muerte accidental de su esposa y su hijo mayor y el rapto del menor, logra recuperar al hijo en España y salir adelante.

En *Los hijos de Daisy*, Lucinda, la hermana mayor de la familia, es la que inicialmente lleva la batuta en sacar a sus hermanos menores de Zaruma, para llevarlos a vivir en Quito, en donde puedan estudiar y trabajar. Esta posta la retoma su hermano Edgar, quien según los investigadores llega a constituir una fiel síntesis del fenómeno migratorio ecuatoriano, en sus diferentes momentos: “Usted viene a ser un resumen viviente de los flujos migratorios del Ecuador: primero de un pueblo de provincia a la capital de la república; luego, en los ochenta, de Quito a Estados Unidos, donde pasa diez años; y, a fines de los noventa, de nuevo desde Quito a Europa (...). Usted es el resumen vivo de ese proceso” (Ortiz, 2009: 171).

En *Trashumantes en busca de otra vida*, el carácter performativo, en la persona de Clara Aponte tiene variadas y muy evidentes manifestaciones. Cuando es forzada a ejercer la prostitución; con un espíritu proactivo, por sí misma se anticipa y cuando llega el momento encuentra la forma de hacer saber a su amigo y coterráneo, el Suco Peñaloza, para que la salve y lo hace a través de una carta cifrada, cuyo real contenido sólo el destinatario, que ya había sido prevenido con la debida anticipación, puede entenderlo a cabalidad.

Por el carácter proactivo y visión esperanzadora que tiene este personaje no duda un solo instante en brindarle todo el apoyo requerido para que su hija Charo realice la primera exposición de su obra plástica en la capital de España y este mismo temple de personalidad lo ratifica cuando, junto a su esposo Jesús

Peñaloza, ha decidido volver a radicarse en Zhizho e inician con la ejecución de las actividades que les permitirán sobrevivir en el futuro: “Los modestos ahorros recaudados en España servirán de soporte para afrontar la presente situación. Tener una casa donde vivir, más los oficios retomados por Peñaloza, hace menos preocupante esa realidad” (Alvear, 2012: 248-249).

En *La seducción de los sudacas*, pese a todas las adversidades, para algunos emigrantes dignos herederos de los ancestros aborígenes lojanos y sabedores que nada en la vida es fácil ni gratuito, pero tampoco imposible, se dicen a sí mismos que nada ni nadie puede amilanarlos ni arredrarlos, porque: “los mejores hombres siempre vuelven a empezar; no solo después de una catástrofe, sino cada día, cada hora” (Carrión, 2010: 699).

Y, en fin, en las demás novelas estudiadas, los personajes protagónicos: María Eugenia, Myriam Pinoargote, Giselle, Rafael Caiza, Marco Riera, Rocío Mendoza, José Hipólito Medina, Lucy y otros más, por las razones que fueran, ellos mismos deciden emprender la ruta emigratoria e ir a probar suerte en otro país, sin esperar que ninguna persona extraña a sus vidas decida sobre el futuro que deben configurar con su propia y personal acción de todos los días.

Conclusiones

Al hablar del sujeto emigrante, como el principal actor del desplazamiento internacional de los ecuatorianos, conforme ha sido representado en el discurso narrativo de las novelas analizadas, no se pueden ni deben soslayar los aspectos positivos que tiene todo proceso emigratorio, tanto en el sujeto que lo protagoniza como en su entorno del que forma parte constitutiva. Dimensiones positivas de la emigración internacional que se manifiestan, por ejemplo, en el ejercicio consciente de la memoria, como la mejor arma contra el olvido, de parte de los sujetos emigrantes; porque, como expresa el personaje protagónico de una de las novelas estudiadas: “Recordar tiempos idos es la única forma de combatir el olvido, esa polilla que secreta y silenciosamente carcome la memoria”. Para el concienzudo cultivo de la memoria del país de origen se organizan asociaciones que viabilicen el mantenimiento de tradiciones, a través de festividades y celebraciones, la recreación de la gastronomía, la socialización de recuerdos del lugar de partida y la promoción de actividades deportivas, culturales, artísticas, musicales y literarias, entre connacionales, en el país de destino.

Los ineludibles cambios culturales, que produce la emigración ecuatoriana en sus protagonistas y en el contexto familiar y social en el que interactúan es inobjetable; puesto que el contacto cultural, que potencian los sujetos emigrantes, produce múltiples transacciones culturales, con todo un abanico de posibilidades; en cuyo proceso se generan choques, desentendimientos, contradicciones, pero también un enriquecimiento mutuo, en razón de que los emigrantes ecuatorianos conviven, de manera simultánea, en dos culturas y en dos sociedades y mantienen un conjunto de prácticas, relatos, valores y lealtades, tanto con su familia y su lugar de origen, como con el país de destino emigratorio.

La justipreciación de la creación artística, en la que se involucran algunos de los emigrantes ecuatorianos, de manera directa, o a través de alguno de los miembros de la familia, en el lugar de origen o en el de destino y que les ha servido para exteriorizar su universo interior, así como para encontrar reconocimiento social y dotar de un nuevo sentido a sus vidas constituye otro de los aspectos positivos que se han representado y recreado, literariamente, en las novelas estudiadas.

Destaca, finalmente, la performatividad y pro actividad de los sujetos emigrantes, quienes “como arquitectos de su propio destino”, con su propia esfuerzo y sin esperar nada de fuera o de otras personas perfilan, actúan, interactúan y se movilizan, en la perspectiva de burilar, labrar y construir el mejor de los futuros, para sí mismos y para sus respectivas familias.

Bibliografía

Alvear, Stalin

2012 *Trashumantes en busca de otra vida*. Quito: Libresa.

Ayala Mora, Enrique

2011 Ecuador intercultural. En: *Panorámica actual de la cultura ecuatoriana*, (pp. 53-62). Quito: Allpamanda.

Becerra, Jorge

2005 *Camas calientes*. Quito: Triana.

Carrasco, Adrián

2011 *Cara de bovino deprimido*. Cuenca: Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana.

Carrión, Carlos

2010 *La seducción de los sudacas*. Loja: Inédito.

2013 *La utopía de Madrid*. Quito: El Conejo.

- Carrión Márquez, Mauricio
s.f. *El sudaca mojado.* Machala: Gobierno Provincial Autónomo de El Oro.
Cassirer, Ernst, Ímaz, Eugenio (Trad.)
1968 *Antropología filosófica: introducción a una filosofía de la cultura.* México:
D.F.: Fondo de Cultura Económica.
Collier, Paúl, Ros González, Miguel (Trad.)
2013 *Éxodo: inmigrantes, emigrantes y países.* Madrid: Turner Publicaciones.
Conde Salinas, Ángel
2004 *Identidad y transmisión cultural del migrante lojano: en el contexto de la
ciudad de Santo Domingo de los Colorados.* Loja: Casa de la Cultura de la
Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”.
Fischer, Ernst, Solé-Tura, J. (Trad.)
1997 *La necesidad del arte.* Barcelona: Península, 4^a edición.
Herrera, Gioconda, Carrillo Espinoza, María Cristina y Torres, Alicia (Eds.)
2005 *La migración ecuatoriana transnacionalismo, redes e identidades.* Quito:
FLACSO / Plan Comunicación, migración y desarrollo.
Las Heras Mosteiro, J., Otero Puime, A. y Gallardo Pino, C.
2008 El proceso migratorio y su repercusión en la salud. Voces de ecuatorianos
en Madrid. *Original, 106,* 222-232.
Merino Pérez, Gonzalo
2004 *El inmigrante.* Guayaquil: Imprenta Magos.
Moreano Mora, Alejandro
2002 *El apocalipsis perpetuo.* Quito: El Conejo.
Ortiz Crespo, Gonzalo
2009 *Los hijos de Daisy.* Quito: Alfaguara.
Pareja Diezcanseco, Alfredo
2003 *El muelle.* Quito: Libresa.
Peña Echeverría, Javier (Coordinador)
2012 *Inmigración y derechos humanos.* Valladolid: Grafolex.
Salazar Estrada, Yovany
2000 *Lectura plural de la Mala hora de Leopoldo Benites Vinueza.* Loja: Casa de
la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”.
2011 Cultura, interculturalidad, identidad, en el marco del pensamiento latinoame-
r icano. En: *Panorámica actual de la cultura ecuatoriana,* (pp. 307-316).
Quito: Allpamanda.
2014 *La emigración internacional en la novelística ecuatoriana* (Tesis Doctoral).
Universidad del País Vasco, San Sebastián, España.

- Saltos, Napoleón, Vázquez, Lola
2009 Ecuador: su realidad. Quito: Fundación José Peralta, 17^a edición.
- Sartre, Jean-Paul, Sartre, Arlette Elkaim (Ed.)
s.f. *El existencialismo es un humanismo*. S.n.t.
- Tello, Antonio
1997 *Extraños en el paraíso: inmigrantes, desterrados y otras gentes de extranjera condición*. Barcelona: Flor del Viento Ediciones.
- Valdano Morejón, Juan
2006 *La memoria y los adioses*. Quito: Norma.
- Velasco, Juan Carlos
2012 Migración y diversidad cultural, una cuestión de derechos. En: Javier Peña Echeverría (Coord.), *Inmigración y derechos humanos* (pp. 61-87). Valladolid: Grafolex.
- Zúñiga García-Falces, Nieves (Coord.)
2005 *La migración, un camino entre el desarrollo y la cooperación*. Madrid: Centro de Investigación para la Paz.

Fecha de recepción: 17/3/2015; fecha de aprobación: 14/6/ 2015